

Homilía pronunciada por Ángel Ortiz de Urbina, Superior de la Comunidad de Pamplona, en el funeral de José Antonio Aguirre Setas

Querida familia, queridos compañeros jesuitas, queridos amigos.



“Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir. Me forzaste y me pudiste” (Jr. 20,7).

Así se expresa el profeta Jeremías, él no quería ser profeta, pero reconoce que la palabra era fuego en sus huesos, intentaba contenerla y no podía. Así veo la vocación de Setas. Siguió la invitación del Señor Jesús y su palabra fue, sin duda, luz entre los pobres de Perú durante años y su palabra silenciosa, pero eficaz, en su larga enfermedad ha sido luz para muchos de nosotros.

Estamos celebrando la Eucaristía, la muerte trágica de Jesús en la Cruz y la Resurrección, su triunfo definitivo sobre la muerte.

Hemos venido a compartir en esta Eucaristía la muerte de Setas y su resurrección. Ya vive en los brazos de Dios, libre por fin de esos dolores permanentes que le han acompañado durante los últimos 13 años.

Todos los que estamos aquí hemos conocido a Setas y le hemos querido mucho. Con frecuencia pasabais por la enfermería de Pamplona amigos de Navarra, de Bilbao, de ALBOAN, de Perú, jesuitas y no jesuitas para charlar un rato con él, cosa que agradecía mucho.

Aprovechando los textos que hemos escuchado (Jr. 20, 7-9; Rm. 12,1-2 y Mt. 16,21-27), quisiera señalar tres aspectos significativos en él:

1. **Su servicio callado.** Recuerdo que cuando éramos chavales, desde los colegios nos organizaban en verano los campamentos en el kilómetro 7 de Belagua. No teníamos coche en el campamento. Un año José Antonio fue el encargado de la intendencia. Su misión era bajar todos los días hasta Isaba en una bicicleta pesada y sin cambios y con un remolque para traernos la comida. Bajar hasta el pueblo supongo que le resultaría hasta agradable, pero subir con aquel peso y aquel trasto no sería nada apetecible. Lo hacía con total normalidad y con buena cara. Tendría 17 años.

2. Otra cualidad de José Antonio era **su inteligencia**. En el Colegio destacaba por su agudeza. En el juniorado le destinaron e hizo perficit. Ya en filosofía estudió, entre otras cosas, marxismo a fondo y creo que en ese momento fue descubriendo que su vida la iba a poner al servicio de los pobres en Perú. Cuántas cosas nos ha contado

sobre las tensiones de las Universidades populares sobre todo con Sendero Luminoso. Le vemos en 1974 como profesor en Piura, en el Centro de Capacitación de Adultos, en los Servicios educativos El Agustino, en el Centro del Campesinado Monte Castillo, vuelve a Piura-CIPCA... hasta que el año 1997 recalca en Bilbao, vicario de la parroquia de Uretamendi, colabora en el Mensajero y entra a formar parte del equipo de ALBOAN. José Antonio había entendido bien las palabras de Jesús en el Evangelio de hoy: “Si uno quiere salvar su vida la perderá, pero el que la pierda por mí la encontrará”. Setas quiso entregar su vida al servicio de los desfavorecidos y pienso que encontró la vida. Ya comenzó su enfermedad que no le abandonó hasta ayer.

3. En el año 2001 pasa a la enfermería de Pamplona. Son 13 años de dolor permanente. Noches enteras sin pegar ojo, retorciéndose e incluso gritando. En este ambiente fue creciendo en **su mundo interior**. Largas horas de soledad, de silencio, de lectura, de oración.

“Si el grano de trigo no se pudre bajo tierra no da fruto, pero si se entierra da fruto abundante”.

A mí me ha dicho en dos ocasiones hablando de su enfermedad: “este es el mejor regalo que Dios me ha hecho”. El Mudo, jesuita y compañero, buen amigo de Setas y de la familia, ha mandado un correo desde el Perú en el que dice que a él también le dijo en una de las visitas que le hizo en Pamplona: “que esta enfermedad es una de las gracias más grandes que Dios le había dado”.

Esta mañana me contaba el P. Sagüés, que no ha podido venir porque tenía Misa a las 8,00 en la Iglesia, que una noche que Setas se quejaba, pasó a su habitación y, hablando con él sobre la presencia de Dios, Setas le dijo: “a mí la presencia de Dios no me cuesta nada”.

Queridos amigos, hemos venido a despedir a Setas. Damos gracias a Dios por esta vida enterrada y fecunda y nos llevamos un regalo para casa: que merece la pena dar la vida por los demás, que es bueno aceptar la voluntad de Dios, y que sin duda el Señor le ha dado el premio merecido cuando ha llegado a la meta después de correr una carrera no fácil.

Que sea feliz para siempre en los brazos del buen Dios.

Loyola, 31 de agosto de 2014